

do ántes de espirar; que entre tantas heridas y golpes mortales, no se olvidó de la modestia y compostura religiosa.

Bien pudo el santo varon estar prevenido para su muerte, porque, quince dias ántes de ella, estando en oracion delante de nuestra Señora del Cape, le reveló la Virgen Santísima la dichosa muerte con el modo en que se le habian de dar, de manera que hubo quien oyese la nueva que la Virgen le daba en voz clara, y cómo el Padre la aceptó con grande resignacion y gusto.

En otro raptó no sólo tuvo revelacion de su muerte gloriosa, sino tambien del martirio de sus siete compañeros; y así convidó á un niño su compañero para el martirio, el cual le admitió de buena gana, y padeció en compañía del Padre, viniéndose él á entregar de su voluntad en manos de los indios homicidas, por haber sabido léjos de allí el alzamiento y rebelion de los apóstatas contra los fieles.

Estando, pues, estos dos fervorosos misioneros y ministros del Evangelio preparando una fiesta en honra de la Presentacion de la Virgen María nuestra Señora, en la cual le habian de dedicar un altar con una preciosa imagen suya; quiso la Divina Majestad que ellos fuesen presentados en sus aras como sacrificio agradable á sus ojos, y así dieron de improviso sobre ellos los ministros del demonio, revestidos de su crueldad y odio contra nuestra santa fe y los maestros de ella, y les dieron tantos golpes y heridas, que allí les quitaron la vida, conmutándola ellos en la eterna.

Los cuerpos de estos dos santos varones fueron hallados de los católicos, despues de haber pasado más de dos meses, incorruptos y enteros, con haber estado todo este tiempo en el suelo, desnudos á los soles, lluvias y nieves y malos temporales del invierno.

El P. Juan del Valle tenia el rostro muy hermoso y las mejillas blancas y coloradas, y mucho más la del lado derecho que por ventura fué en la que recibió en vida los bofetones con grande paciencia, y, finalmente, estaba toda la carne tan fresca, como la podia tener en vida. Tenia al cuello una bolsica pequeña con una parte del *Lignum Crucis*, la cual reliquia, estando en Guadiana pocos dias ántes, habia prometido al gobernador se la guardaria y daria la primera vez que fuese al Calpe, y cumplió bien su palabra, porque el primero que lo halló en aquel puesto fué el mismo gobernador.

Tambien se halló con su cuerpo una carta de esclavitud á la Virgen Santísima, con las devociones que arriba hemos dicho, que aunque los bárbaros le despojaron de todos sus vestidos, quiso la divina providencia que se dejasen estas reliquias para prueba de la fidelidad y devocion del Padre y enseñanza y ejemplo nuestro.

El cuerpo del P. Luis de Alabez se halló ceñido de un áspero cilicio en un muslo, que le tenia hecha una buena llaga, y con sangre fresca en un pié. Celebra Montano Menenio al P. Luis Alabez, con este epigrama:

*Tepua sola potest cumulum praestare malorum,  
Queis deceat fortes subdere colla viros.  
At decorant magnas numerosa pericula palmas,  
Spernitur et nullo vile timore decus.  
Clarius Aonia circumdat fronde capillos,  
Sanguine cum multo picta corona nitet.*

P. NIEREMBERG.

#### PP. JUAN FONTE Y JERONIMO DE MORANTA

ENCENDIDOS más los bárbaros, y más ciegos con el derramamiento de la inocente sangre de los dichosos PP. Juan del Valle y Luis de Alabez, y como relamiéndose con ella; salieron en busca de los demas Padres y cristianos, para hacer en ellos el mismo extrago y acabar de una vez con la fe y cristiandad de aquella tierra: y un cuarto de legua del pueblo de S. Ignacio, el sábado siguiente, diez y nueve de noviembre, encontraron y dieron la muerte á los PP. Juan Fonte y Jerónimo de Moranta.

Era el P. Juan Fonte natural de Barcelona, en el principado de Cataluña, de edad de cuarenta y cuatro años y veinte y dos de Compañía, profeso de cuatro votos, habiendo ocupado casi veinte en la conversion de los infieles. Porque luego que pasó á la Nueva España, siendo ya Sacerdote, se aplicó á las misiones y conversion de los gentiles, diciendo que era cosa indigna que otro fin que este sacase de su tierra á un religioso (y en especial de la Compañía) y le llevase á las Indias.

Perseveró tan constantemente en esta ocupacion, que jamas dió muestras algunas de querer dejarla ó apetecer otra, en la cual trabajó tanto, que parecia hombre incansable é impasible.

Fué uno de los primeros que entraron á predicar á los tepeguanes el santo Evangelio, viviendo mucho tiempo entre ellos en el campo con una tienda de jerga que resistia bien poco á las inclemencias del cielo, sustentándo-

se con sólo maíz tostado y algunos tasajos, enseñando á los indios, no sólo la fe y religion cristiana, sino tambien, en cierta manera, á ser hombres racionales y tener policia humana, domesticando aquella bárbara gente, reduciéndolos de los montes y cuevas á poblaciones con increíble trabajo; siendo ellos tan feroces é indómitos, en especial los chichimecos, que ellos solos tenían puesta en armas toda una provincia que llaman de Sta. Bárbara.

El Padre se entraba solo entre ellos la tierra adentro, con un ánimo intrépido y confiado, trayéndolos de paz á poblar juntos en los valles, para lo cual él mismo por su persona les labró adoberas y enseñó á hacer adobes y labrar madera, como si él fuera un eminente maestro de este oficio. Labróles tambien arados, enseñóles á labrar y sembrar las tierras, sacóles de los rios para regar las grandes acequias de agua, sacándolos, finalmente, diestros labradores y hombres políticos, con lo cual juntamente socorria el prudente varon á sus necesidades temporales y á las espirituales de sus almas, que con esto se ganaban aquellos gentiles, y se habilitaban para poder ser todos doctrinados, estando juntos é instruidos en la fe y costumbres cristianas, que era la principal mira del P. Fonte, y para lo que nuestro Señor le dió grande talento.

Porque fuera de ser muy celoso de la conversion de los gentiles, tenía grande facilidad en aprender sus lenguas y grande eminencia en hablarlas como si le fueran naturales, que así lo parecia verdaderamente. Tenia grande gracia y destreza en enseñar la doctrina.

Para que su talento fuese más provechoso á los demas ministros del Evangelio en aquellas partes, redujo las lenguas de los naturales á método, componiendo en la tepeguana una gramática, un vocabulario y un copioso catecismo, con que los demas obreros que se han seguido en aquellas mismas misiones, han podido con más facilidad hacer mucho fruto en los naturales.

El P. Jerónimo de Moranta era de la isla de Mallorca, de cuarenta y dos años de edad y veinte de Compañía, profeso de tres votos: era de linaje de santos y sobrino del P. Nadal, bien parecido á su tio en la religion y prudencia, muy familiar amigo del P. Ricard, confesor de la reina de España D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, el cual le escribia cartas muy regaladas de su letra, con grande estimacion de su buen espíritu, profetizándole en algunas que habia de morir mártir, de lo cual daban muchas prendas sus grandes virtudes.

Era en todas extremado el P. Moranta, en especial en la modestia y compostura exterior, en la moderacion de sus palabras, en la afabilidad religiosa, en una humildad profunda y singularmente en la santa pobreza y mortificacion interior y exterior, que fueron admirables en este santo varon.

Sus vestidos eran siempre pobres, rotos, y más cortos de lo ordinario; su habitacion comunmente una sola tienda de jerga, expuesta á los soles, aguas y vientos; su cama no era más que un cuero de vaca tendido sobre el duro suelo al pié del altar: visitaba los pueblos de su doctrina con grande desconcomodidad, en los cuales repartia toda la limosna que la Majestad del rey don Felipe daba para su sustento, sin reservar para sí cosa alguna, contentándose con un poco de maíz tostado, y por mucho regalo lo comia algunas veces cocido sin echarle sal, por no tener gusto aún en tan vil comida.

Este era el alivio y refrigerio que tomaba para llevar sus excesivos trabajos en reducir indios á vida política y traerlos al gremio de la Iglesia, que fueron más de los que se pueden decir, por ser los indios de su doctrina los más bárbaros y feroces de todos los tepeguanes, que de ordinario andaban con su poco hatillo á cuevas, sin casa ni hogar, por desiertos y riscos como fieras, tras los cuales iba el P. Moranta buscándolos para domesticarlos y doctrinarlos, insistiendo en esto hasta que recogióndolos, los redujo á poblaciones, procurándoles limosnas para bueyes y aperos, trayéndoles maestros de agricultura que los enseñasen á labrar la tierra, y él mismo por su persona les enseñaba y ayudaba con grande admiracion y edificacion de todos y con tanta aplicacion y gusto suyo, que decia que si los Superiores le quisieran quitar la ocupacion tan trabajosa de las misiones, él les alegraria tantas razones y les rogaria tan apretadamente, que no dudaba que le dejarian en ellas hasta la muerte.

Trataron los indios dos ó tres veces de rebelarse y apostatar de la fe que habian recibido, y el santo varon encendido en celo de la salud de aquellas almas y de la gloria de Dios, se fué solo con grande ánimo á sus rancherías, sin hacer caso del trabajo y del peligro manifesto que corria su vida, en razon de apaciguarlos y conservarlos en la fe, como lo hizo por el grande amor que los indios le habian cobrado á fuerza de sus beneficios y por la grande estimacion y veneracion de sus grandes virtudes, por las cuales así ellos como los españoles no le llamaban otro nombre sino el Teatino santo.

Yendo un dia á visitarle el P. Superior de aquellas misiones, despues de haberle buscado mucho, le halló treinta leguas más adentro de su partido, entre unas sierras ásperas y fragosas, en su pobre tienda de jerga, como uno de aquellos santos ermitaños antiguos, con el cabello y barba tan larga y revuelta que no se hacia poco en conocerle, el vestido tan lleno de remiendos, que apenas se distinguia cual fuese el principal. Preguntado por la comida, respondió que aquel dia Dios habia proveido y habia bien de comer; y averiguando lo que era, no era más que media olla de maíz con agua y sin sal, y esto le parecia al santo varon regalo de fiesta.

Habia dos meses que estaba en aquel puesto tan desacomodado, aguardando á unos indios gentiles que le habian pedido el bautismo, y habian ido por toda su gente para recibirlo y fundar una poblacion.

Admirado el P. Superior y edificado de este espectáculo, despues de haberle afeitado y dado algun remedio de lo que llevaba, le dejó en su demanda y ocupacion, que en este tiempo todo era leccion de libros espirituales, rigurosa penitencia y continúa oracion, aunque no era esto nuevo en él; porque siempre fué dado á tener mucha oracion y más admirable que imitable mortificacion y penitencia, y, con ser tan austero y rígido consigo, era blando, apacible y muy liberal para con los otros.

A los huéspedes que pasaban por su doctrina los acariciaba y regalaba con mucho gusto y con todas sus fuerzas, supliendo con agrado y caricias lo que faltaba de comodidad y regalo; sólo guardaba para sí la aspereza y rigor, y el estar siempre crucificado con Cristo, por cuyo amor murió; porque viniendo estos dos santos y apostólicos varones juntos de sus partidos para el pueblo de S. Ignacio, á celebrar la festividad devotísima de la Presentacion de la Virgen, y darse aquellos días con más sosiego al culto y devocion de esta Señora, para respirar un poco del incansable trabajo que tenían en la enseñanza de los indios; ordenó nuestro Señor de premiar en esta fiesta sus heroicas virtudes y grandes merecimientos, llevándolos á descansar en la bienaventuranza. Y así les salieron al encuentro los indios tepeguanes, y conociendo que eran los Padres y maestros de la fe que ellos habian dejado; con grande odio y aborrecimiento y diabólica crueldad les dieron muchas heridas y golpes, hasta que entre ellos dieron sus dichosas almas á su Criador.

Los cuerpos de estos dos santos varones se hallaron casi á los tres meses desnudos y enteros, sin algun mal olor, por los ladridos de unos perrillos que llevaban y los habian estado guardando todo aquel tiempo; ambos estaban ceñidos con unos ásperos cilicios, porque no se olvidaban en los caminos de su acostumbrada penitencia; y al lado del P. Moranta se halló un cáliz y unos papeles de un sermón, que se cree era el que venia á predicar en la fiesta de la Presentacion de la Virgen nuestra Señora.

Tambien se halló que los bárbaros con sacrilega impiedad habian tratado con abominable indecencia una ara consagrada que los Padres llevaban consigo, y quitado la cabeza á la Virgen del Cape, y echádola en una laguna cercana, para que no les faltasen testimonios del espíritu que les movia á dar la muerte á estos siervos de Dios, cuyos cuerpos, con los del P. Juan del Valle y P. Luis de Alabez, fueron llevados con mucha reverencia á la ciudad de Guadiana, adonde se les hizo un solemne recibimiento y honras, co-

mo á mártires gloriosos de Cristo, colocándolos en un sepulcro de piedra debajo de un altar, en cuatro cajas con los nombres de los mártires que tiene Dios escritos en el libro de la vida.

P. NIEREMBERG.

## P. HERNANDO DE SANTAREN

EN la misma persecucion de los indios tepeguanes alcanzó la gloriosa corona del martirio el dichoso P. Hernando de Santaren, español de nacion, natural de la ciudad de Huete en el obispado de Cuenca, profeso de cuatro votos, á los cincuenta de su edad y treinta y tres de Compañía.

Luego que entró en la religion este siervo del Señor, dió muestras en aquella tierna edad que habia de ser verdadero hijo de su religion y grande ministro del Evangelio, dándose con todo cuidado al estudio y ejercicio de todas las virtudes y perfeccion religiosa con notable aprovechamiento. Con todo eso deseó de hacer y padecer más en servicio de nuestro Señor y provecho de las almas.

Guiado de la santa obediencia, pasó, ántes de ordenarse, á la Nueva España, donde esperaba más materia y mejores ocasiones de cumplir sus fervorosos deseos; pero no lo libró todo para las misiones de los gentiles, ántes en la misma navegación comenzó á trabajar con grande cuidado y celo en beneficio de las almas; y lo acertó á hacer de manera, que ganó y aficionó á sí toda la gente del mar, capitanes, marineros, pasajeros y soldados, hasta la misma chusma de los grumetes, persuadiéndolos á la reformation de sus costumbres, á recibir digna y devotamente los santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, á huir los vicios y abrazar las virtudes, haciéndoles para este fin frecuentes exhortaciones y pláticas saludables, enseñando á todos la doctrina cristiana.

Daba eficacia á sus palabras con el raro ejemplo de sus virtudes, en especial de profunda humildad, con que servia á los demás Padres y Hermanos de la Compañía y aún á los mismos seglares de la nao en las cosas más bajas y asquerosas, con mayor voluntad, aplicacion y gusto que si fuera esclavo de todos; ni daba ménos ejemplos de mortificacion admirable, de oracion y trato con nuestro Señor en que era continuo, de sinceridad y verdad

tan conocida de todos, que decian comunmente tenia un natural en quien no habia doblez ni engaño.

En todas estas virtudes era excelente este santo varon, y así por ellas y por las demás, que todas resplandecian en él mucho, ya desde entónces le dieron en la nao el nombre que despues siempre le duró en las Indias, llamándole el Padre Santo.

Tenia sobre todos un religioso señorío, y tanta autoridad y reputacion, que ponian en sus manos sus conciencias para que los encaminase en lo que debian hacer, y sus diferencias y pleitos para que los compusiese, confiando mucho de su buen acierto, y pasando con grande rendimiento por lo que juzgaba; que en aquella edad y pocos estudios, entre tal género de gente, es cosa de mucha admiracion y grande argumento de la virtud del P. Santaren.

Fué siempre de extremado recato en su proceder; solia decir que este era su Superior y su portero, así entónces como cuando despues andaba solo entre las naciones bárbaras y descompuestas. Con esto y con la gracia de nuestro Señor conservó hasta la muerte la flor de la virginidad y pureza de alma y cuerpo, sin haber tenido en toda su vida ni aún un movimiento sensual que le diese cuidado, que es cosa que ensalza mucho su recato, no sólo por este buen efecto, sino tambien por no asegurarse con el don de pureza que nuestro Señor le habia dado.

Llegado á la provincia de Méjico, comenzó á proseguir sus estudios con mucha aplicacion y aprovechamiento; pero no le faltaban algunos ratos para satisfacer á los deseos que tenia de ayudar á los naturales, pasándose á un seminario de ellos, que está junto á nuestro colegio de la ciudad de Méjico, á enseñarles la doctrina con mucho gusto suyo y provecho de los seminaristas.

En acabando los estudios, habiéndose ordenado de Sacerdote y cumplido con sus probaciones conforme á las costumbres de la Compañía; se empleó en las misiones y conversion de los infieles por espacio de veinte y cuatro años como varon verdaderamente apostólico.

Comenzó por los gentiles de Cinaloa, pasó á los acajes, de ahí á los jiximes, y despues á otras muchas naciones que estaban unas 150 leguas, otras 200, y otras 300 de la ciudad de Méjico hácia el norte, con insaciable sed de comunicar á todos la luz del santo Evangelio, con la cual alumbró á innumerables almas; pues, fuera de los enfermos y niños que murieron recien bautizados, se halló haberse convertido á la fe y bautizado en su tiempo más de cincuenta mil indios.

Aunque no fué sólo el P. Santaren el que acudió á esta empresa, fué sin duda el que más á la larga y más de propósito trabajó en ella, y así se le debe á él principalmente este copioso fruto; pues seis años ántes de su

muerte habia hecho por su mano y fundado más de cuarenta y seis iglesias, en lo cual no se puede decir lo que padeció en tanto tiempo, andando muchas de las mismas misiones en el invierno á pié, con pantanos y rios, el agua hasta los pechos, y otras por tierras tan ásperas y fragosas, que en sólo subir una cuesta se gastaba un dia entero, y no se podia subir á caballo, ó era menester herrar dos veces al dia las cabalgaduras.

Enfermando un dia el siervo de Dios gravemente en una de estas tierras, doctrinando á los indios jiximes; fué á visitarle y ayudarle el P. Andrés Tutino, Superior de la mision, y escribiendo despues de su viaje, habiendo dicho de los grandes empleos del P. Santaren, y cómo era el que más habia padecido de todos los misioneros, aunque fuesen muy fuertes y vigorosos, y el que de presente más padecia en aquella edad tan falta de salud y sobrada de años; dice, hablando de la descomodidad de la tierra en que halló al Padre, que era tan rigurosa y espantosa, tan llena de asperezas y descomodidades, que parecia un retrato del infierno: y que, en llegando á ella, se le ofreció que, si muriese allí y le fuese dado hacer testamento, pediria que le sacasen despues de muerto de aquel puesto, porque sólo se podia sufrir aquella estancia el tiempo de merecer.

Mas estaba en ella el santo varon tan gustoso como si fuera la mejor del mundo, con el cebo de la granjería de las almas: y así en esta como en las demas misiones, sin reparo ni posada, pasaba de ordinario muchos dias sin comer ni beber, y los demas comiendo tan escasa y pobrememente que apenas bastaba para sustentar la vida.

Esto era causa de perder muchas veces la salud, y sobre todo pasó frecuentes peligros de muerte, continuos asaltos y persecuciones del demonio, que sentia mucho ver el gran número de almas que cada dia se le salian de las uñas por medio de este santo varon; el cual por todas estas dificultades se metia intrépido y animoso, sin que lo retirasen ni hiciesen aflojar los engaños y astucias del demonio, con que por medio de hechiceros inquietaba y levantaba á los indios contra los ministros del Evangelio, ni la crueldad de los conjurados, ni la falta de todo lo necesario, ni aún el manifesto peligro de la vida, á trueque de ganar y conservar las almas para Dios. Esto le tiraba tanto que, teniendo ya licencia por sus muchos años y grandes trabajos y falta de salud de salir de las misiones y recogerse á los colegios á descansar y disponerse para morir; cuando trataba de ello, le comenzó á reprehender su corazon diciendo: Pues ¿cómo? ¿ahora es tiempo de retirarse á descansar y dejar tantos hijos á tanta costa engendrados en Cristo, dejándolos entre los dientes del lobo y grande riesgo de sus almas? No quiera Dios tal, decia el santo varon, anteponiendo el bien de tantas almas á

su descanso y consuelo particular, é hizo voto de proseguir cuanto era de su parte, hasta morir en la demanda de las misiones y granjería de las almas, como deseaba; porque solia decir que se tendria por muy desdichado si muriese en la cama con sosiego; que este es género de morir con mucha sorna y entrar en el cielo paso á paso y no de corrida, como entran los que dan por Cristo sus vidas.

Fué tan agradable al Señor esta santa resolucion y voto, que desde entónces le comunicó Su Divina Majestad extraordinarios consuelos en los trabajos que se le ofrecian, de manera que no parece que los pasaba ni sentia, sino que todo era gusto y suavidad que llenaba su bendita alma, y de ella se derivaba al cuerpo y á todos sus sentidos y potencias; y juntamente lo quiso su infinita Majestad honrar, dándole, en cumplimiento de sus deseos, que muriese por su amor á manos de los indios apóstatas, confirmando con el deramamiento de su sangre la fe y doctrina que tanto tiempo entre tantos trabajos habia enseñado á tantas y tan diferentes naciones.

Viniendo de la nacion y tierra de los jiximes, adonde entónces tenia su doctrina, á Guadiana, con intento de pasar de allí á dar principio á otra mision de los yaquimes, que pedian ser bautizados y enseñados en la ley de Cristo; caminando de paso por el Cape, á celebrar la fiesta de la Presentacion de nuestra Señora con los demas misioneros que allí se habian de juntar, llegado al pueblo de Yoracape, fuése para la iglesia á decir Misa, haciendo tocar la campana para llamar á la gente; pero entrando en la iglesia la halló profanada, maltratado el altar, arrastradas y desfiguradas las imágenes, y luego con grande dolor de su corazon sospechó la mudanza y apostasía de los tepeguanes, y se partió de allí prosiguiendo su viaje; pero no le aprovechó, porque al son de la campana acudieron los indios apóstatas, y poniéndose al paso en celada, en llegando el santo varon, con grande violencia é inhumanidad le derribaron en tierra; y, preguntándoles el Padre con grande serenidad y blandura, ¿qué mal les habia hecho porque así lo maltrataban? ellos le respondieron que ninguno; pero que harto mal era ser Sacerdote cristiano y enseñar la fe de Cristo en aquella tierra, por lo cual habia allí de morir: y, diciendo y haciendo, le dieron un palo tan desaforado en el cerebro, que le sembraron los sesos por el suelo, invocando el santísimo varon el dulce nombre de Jesus.

Acudieron con otros muchos golpes y heridas hasta quitarle la vida, despojándole ántes de espirar de sus pobres vestidos, dejando su sagrado cuerpo desnudo de ropa y de tierra, que no se pudo enterrar en mucho tiempo.

Fué esta muerte del P. Hernando de Santaren muy sentida y llorada, no solamente de los españoles é indios católicos que le veneraban sobremanera,

pero aún de las mismas indias tepeguanas, mujeres de los matadores, que las lastimó mucho la crueldad bárbara de sus maridos, especialmente con un tan santo é inculpable varon que ántes los habia doctrinado y ayudado en todo, haciendo con ellos oficio de verdadero Padre.

Este fué el glorioso fin de estos ocho dichosos mártires del Evangelio, dando su sangre y sus vidas en confirmacion de la fe, que con tanto celo y tan á costa suya predicaban, y este pago recibieron de aquellos por cuya salvacion tanto habian hecho, por haberse los pobres dejado engañar de los engaños y mentiras del demonio: del cual quejándose despues los indios apóstatas, que no les cumplia como les habia prometido que habian de triunfar de todos los cristianos, y que los que de su parte muriesen persiguiendo á los que tenian la ley de Cristo, resucitarian despues de siete dias, con otras prosperidades falsas; respondió que peleasen perpétuamente, porque él no podia más, que le resistian y clavaban la artillería los de corona, confesando por fuerza el padre de las mentiras, que la buena diligencia, oraciones y celo de los de la Compañía que trabajaban en aquellas misiones, resistian á sus malos intentos, y eran contrayerba de su veneno, y especialmente le atajaba los pasos la intercesion de los santos Padres mártires en el cielo, que no podian olvidarse de aquella tierra regada con su sangre.

Muy principalmente se vió este efecto en los indios que doctrinaba el P. Hernando de Santaren, los cuales fundados como sobre piedra firme en la doctrina saludable de su maestro, y alentados con su intercesion, estuvieron tan constantes en la fe que habian recibido, que ántes eligieron padecer guerras, hambres y muertes de los infieles rebelados, que faltar un punto en ella, como les persuadian.

Todo esto se ha sacado de los *Anales de la provincia de Méjico*.

Gerardo Montano tiene en su *Centuria* este epígrama de este dichoso Padre, al cual celebra así:

*Aere dum volitans libitina immitis aperto  
Saevit, et instigiis horrida fertur equis,  
Illisoque caput spargit patris omne cerebro,  
Alipedes sistens aethere Phoebus ait:  
Ite, pio mystae pro rapta serto corona  
Reddite, et Elysium ian populate nemus.  
Flammiferisque caput dignum rutilare pyropis  
Perpetuo circum tegmine laurus eat.*

P. NIEREMBERG.